

mejor, el hecho era despojado de su aguijón; pues era evidente que, en aquellos casos de los que se tenía especial conocimiento, y que habían sido más investigados, la revelación no había traído aparejada ninguna desventaja seria. Con el mismo propósito, esto es, el de anticiparnos a otros descubridores que pudieran hacer un uso hostil de su descubrimiento (y, también, en tanto que curiosidad literaria), señalaré seguidamente algunos de los préstamos no reconocidos de Coleridge, detectados por mí a lo largo de muchos años de atenta lectura.

1. El *Himno a Chamounix* es una expansión de un poema corto sobre el mismo asunto, debido a Federica Brun, poeta alemana previamente conocida bajo su nombre de soltera, Münter. El mero esqueleto del poema es exactamente el mismo: se trata de un canto a los rasgos más impresionantes de la montaña real (Mont Blanc), citándolos a fin de proclamar a su autor: el torrente, por ejemplo, es obligado a declarar quién lo ha detenido en su delirio descendente, endureciéndolo se diría que por la maza petrificante de la Muerte en eternos pilares de hierro; y la respuesta a esos apasionados apóstrofes la tienen los mismos raptos corales de arrobamiento. En pura lógica, por tanto, e incluso en lo que atañe a la elección de las circunstancias, el poema de Coleridge es una traducción. Por otro lado, debido a una juiciosa amplificación de ciertos asuntos, y por su más profundo tono de entusiasmo lírico, los secos huesos del boceto alemán han recibido de Coleridge una transfusión de vida plena. No es, por tanto, una paráfrasis, sino una refundación del original. ¿Y cómo podía esto, una vez reconocido honestamente, dañar a Coleridge a ojos de lectores juiciosos?

2. Un caso más singular de la debilidad de Coleridge es el que sigue. En un pasaje de «Francia», de gran nobleza, se incluyen una o dos hermosas expresiones de *Sampson Agonistes*, de Milton. Ahora bien, tomar prestada una frase o una línea inspirada de los grandes padres de la poesía, incluso si no se le añaden comillas, no supone por sí solo un caso de plagio. Se sobrentiende que Milton es tan familiar al oído como la Naturaleza lo es al ojo; y robarle es tan imposible como apropiarse de, o secuestrar, «una estrella brillante». Y hay buenas razones que justifican prescindir de las comillas tipográficas: rompen la continuidad de la pasión, recordando al lector el libro impreso; puesto a poner un ejemplo, el propio Milton no subrayó la sublime frase «atormentó el aire todo», señalando su condición de préstamo; tampoco Wordsworth, al aplicar a una mujer amoral de imponente belleza la memorable expresión «cizaña de gloriosos rasgos», creyó necesario reconocer su deuda con el original de Spenser. Hay varias docenas de casos que podrían traerse a colación al respecto de Milton. Pero Mr. Coleridge, al describir a Francia en los siguientes términos,

Her footsteps insupportably advancing
 («Sus pasos sucediéndose insosteniblemente»),

no satisfecho con omitir las marcas de reconocimiento, creyó adecuado negar que estaba en deuda con Milton. Sin embargo, ¿quién podría olvidar ese semicoro de *Sampson* en el que el «atrevido ascalonita» es descrito como alguien que ha «huido de su rabia leonina»? ¿O quién, que en este punto no se viera afectado por alucinaciones del juicio, se habría aventurado en desafío público (pues era virtualmente un desafío) con el objeto de ver quién extraía de *Sampson* palabras tan difíciles de ignorar como «insupportably advancing the footsteps»? El resultado, tal como yo lo recuerdo, fue que una de las publicaciones críticas imprimió ambos pasajes en yuxtaposición, y dejó al lector la tarea de alcanzar sus propias conclusiones en lo concerniente a la veracidad del poeta. No obstante, en este caso, los hechos pusieron en tela de juicio más su sentido común que su veracidad.

3. En el año de 1810 dediqué parte de mi tiempo a la lectura, en orden cronológico, de las crónicas de las grandes circunnavegaciones del globo; y, al llegar a Shelvocke³, me topé con el pasaje que sigue: que Hatley, el segundo de a bordo, siendo como era propenso a ataques de melancolía, estaba poseído por la superstición de que el mal tiempo que les asediaba era debido a un albatros que había perseguido constantemente al barco; a tal punto se obsesionó que abatió al ave, pero sin que ello mejorara su condición. Vi de inmediato, en este pasaje, el germen de «El viejo marino»; y al punto planteé mi pregunta a Coleridge. ¿Cabe en la imaginación que se viera en la necesidad de negar rotundamente una deuda tan pequeña para con Shelvocke? Wordsworth, hombre de sólida veracidad, al enterarse de esto, confesó su incapacidad para comprender las intenciones de Coleridge; pues era notorio, como me participó, que Coleridge había derivado de este pasaje que acabo de citar el arranque de la acción del poema; si bien es posible, por algo que me dijo Coleridge en otra ocasión, que antes de encontrarse con una fábula apropiada para encarnar sus ideas, hubiera meditado un poema sobre la locura, confundiendo su propia ensoñación con elementos externos, conectados además con la imaginería de las altas latitudes.

4. Ninguno de estos casos constituye en lo más mínimo un caso de plagio, y por esta misma razón exponen de manera más conspicua el sesgo de una emoción que trata de callar el simple reconocimiento de una deuda.

³ De Quincey se refiere a *Voyage Round the World by Way of the Great South Sea, de George Shelvocke*.

Pero ahora llego a un caso de plagio real y palpable; sin embargo, se trata, asimismo, de un caso cuya naturaleza no hace justicia a un hombre con las prendas de Coleridge. No es muy probable que este caso concreto sea detectado en un futuro próximo; pero otros lo serán. Aunque, ¿quién sabe? Dentro de ochocientos o mil años, puede que surja algún comentarista avieso que, tras leer *Biographia Literaria* de Coleridge, caiga después sobre los ensayos filosóficos de Schelling*, el gran catedrático bávaro (un hombre en algunos aspectos digno de ser el comentarista de Coleridge), realizando de este modo un descubrimiento singular. En *Biographia Literaria* aparece una disertación sobre las relaciones recíprocas entre el *Esse* y el *Cogitare*; y el autor, mediante la inversión de los postulados de los que parte el argumento, trata de mostrar de qué manera uno puede ser engendrado del otro, y viceversa, a partir de una génesis inteligible. Es un asunto que ha ocupado mucho a los metafísicos alemanes desde los tiempos de Fichte; y sobre él se han escrito miles de ensayos, de los que algunos cientos han sido leídos por decenas de personas. El ensayo de Coleridge, en particular, viene precedido por unas pocas palabras en las que, consciente de las coincidencias con Schelling, declara, si se diera el caso, su voluntad de reconocer su deuda con un hombre de su gran talla; pero en este caso concreto insiste en la imposibilidad de que haya tomado prestados argumentos que vio por vez primera años después de haber meditado íntegramente la hipótesis *propio marte*. Tras leer esto, ¡cuál sería mi asombro al comprobar que la totalidad del ensayo, de principio a fin, es una traducción *verbatim* de Schelling, sin que en ningún momento se aprecie ningún intento de hacer suyo el original, desarrollando los argumentos o diversificando las ilustraciones! En *Biographia Literaria* he encontrado otras deudas, de menor peso, para con Schelling; pero éste era un plagio descarado, al que sólo, siendo prudente, podía haber condescendido desde la confianza en el pobre conocimiento de la literatura alemana, en especial de ese campo concreto, que hay en nuestro país. ¿Tenía Coleridge necesidad de tomar nada prestado de Schelling? ¿Tomó prestado *in forma pauperis*? De ningún modo: ahí está lo asombroso. Diariamente, y a todas las horas, Coleridge tejía, por el simple placer que extraía de estas actividades, y desde el telar de su cerebro mágico, teorías tan espléndidas, y sostenidas por imágenes tan lujosas y ricamente ataviadas, que ni siquiera Schelling –en rigor, ningún alemán, ni aun Jean-Paul–, en sueños, hubiera podido emularle. Con las riquezas de Eldorado desplegadas ante él, Coleridge condescendía a hurtar un puñado de oro de cualquier hombre cuya bolsa envidiara; de hecho, reproducía en el plano de

* He olvidado el título exacto del volumen, puesto que no lo he visto desde 1823, en que sólo tuve un día para hojearlo; pero juraría que era Schelling's *Kleine Philosophische Werke*.

la riqueza intelectual esa propensión maníaca que (es bien sabido) aqueja en ocasiones a grandes propietarios y millonarios y los lleva a cometer actos de latrocinio. El último duque de Anc... no era capaz de abstenerse de ejercitar esta manía furtiva con artículos tan humildes como unas cucharas de plata; y la ocupación diaria de su piadosa hija, dedicada al cuidado del buen nombre de su padre, era registrar sus bolsillos con la ayuda de un discreto sirviente y devolver los artículos hurtados a sus verdaderos dueños.

Me he encontrado a lo largo de mi vida con muchos casos de gente, por lo demás no carente de principios, que tenían hábitos, o al menos ansias, de esta misma especie. Y los frenólogos, creo, están bien familiarizados con el caso, sus síntomas, su evolución y su historial. Dejando aparte este asunto, que apenas si he tocado, con el único fin de anticiparme y desarmar a ese nada ingenuo intérprete que el futuro nos depara, afirmaré finalmente que, habiendo centrado durante treinta años mis lecturas en una sola dirección esa dirección en la que muy pocos de cualquier edad nos siguen, y entre ellos cuento a los metafísicos alemanes, los latinistas, los platonistas tautomúrgicos, los místicos religiosos— y habiendo descubierto de este modo una amplia variedad de hurtos triviales, pienso de todo corazón, sin embargo, que fue un hombre plenamente original en sus pretensiones capitales; como Arquímedes en la Antigüedad, o Shakespeare en la edad moderna. ¿Ha visto el lector alguna vez el relato que hace Milton de la acumulación informe contenida en los padres griegos y latinos?⁴ ¿O leyó alguna vez la explicación del caos monstruoso con que los hombres de la tribu africana de los Obeah rellenan sus espantapájaros encantados? O, por tomar una ilustración más común, ¿se entretuvo alguna vez en registrar los bolsillos de un niño de (pongamos) tres años, adormilado después de un largo día de verano de intensa actividad campestre? Yo sí lo he hecho, y para diversión de su madre he analizado los contenidos y completado un registro formal de los mismos. La filosofía es obligada a dar muestras de perplejidad y la conjetura y la hipótesis sufren un aturdimiento al intentar explicar la ley de selección *capaz* de haber presidido los esfuerzos del niño: piedras notables únicamente por su peso, viejas bisagras oxidadas, clavos, broquetas dobladas y robadas en un descuido de la cocinera, harapos, cristales rotos, tazas de té sin fondo y otras joyas similares eran los artículos predominantes en este *procès verbal*. No obstante, se había necesitado mucho esfuerzo, cierta impresión de peligro, tal vez, y las ansiedades de un ladrón consciente de sus actos, para amasar un tesoro tan espléndido. Tales, en valor, eran los robos de Coleridge: tal su utilidad, para él o para cualquier otra persona; y

⁴ De Quincey se refiere con esta pregunta a un tratado de Milton publicado en 1641: *Of Prelatical Episcopacy*.